

ISSN Digital 1853-7073

DOCUMENTO DE TRABAJO CESPA

Número 56 | Octubre 2019

Fernández+Fernández: ¿de la izquierda al centro?

Una nota breve

Primera versión

Alberto Müller

UNA PUBLICACIÓN DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

CENTRO DE ESTUDIOS DE LA SITUACIÓN Y PERSPECTIVA DE LA ARGENTINA

Facultad de Ciencias Económicas – Universidad de Buenos Aires

ISSN 1853-7073

Profesor. Investigador Dr. Alberto Müller¹

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

¹ Universidad de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Económicas. Centro de Estudios de la Situación y Perspectiva de la Argentina. Buenos, Argentina.

FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS

AUTORIDADES DE LA FACULTAD VINCULADAS
CON LOS INSTITUTOS DE INVESTIGACIÓN

DECANO

Dr. Ricardo J.M. Pahlen

SECRETARIO DE INVESTIGACIÓN

Mg. Adrián Ramos

CENTRO DE ESTUDIOS DE LA SITUACIÓN Y PERSPECTIVA DE LA ARGENTINA

Dir. Dr. Alberto Müller

DOCUMENTO DE TRABAJO

Fernández+Fernández: ¿de la izquierda al centro?

Una nota breve

Alberto Müller²

DOCUMENTO DE TRABAJO	4
INTRODUCCIÓN	5
PROGRESISMO Y PERONISMO	5
EL MODO KIRCHNERISTA DE PERONISMO	14
EL POSIBLE MODO NEO-KIRCHNERISTA DE PERONISMO: ALGUNAS HIPÓTESIS.....	25
CONCLUSIONES	29
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	30

² Universidad de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Económicas. Centro de Estudios de la Situación y Perspectiva de la Argentina. Buenos, Argentina.

Introducción³

El propósito de este breve trabajo es evaluar si y en qué medida la construcción política con que el peronismo ha encarado el proceso electoral en el año 2019 comporta una diferenciación con relación a lo que representó el kirchnerismo durante su ciclo de gobierno (2003-2015).

El análisis se desarrollará a partir de la dicotomía entre peronismo y progresismo. A tal fin, se ofrecerán inicialmente sendas definiciones para ambos términos. Dado que privaremos al término “peronismo” de una connotación ideológica precisa (y no así para el término “progresismo”), introduciremos la noción de “modo” para caracterizar las pautas que adquiere el peronismo en circunstancias específicas. Así, evaluaremos el “modo kirchnerista” de peronismo, refiriéndonos al ciclo citado, a fin de decantar características relevantes. Luego encararemos el tema del posible perfil de un futuro gobierno peronista, que a falta de denominación más feliz le adjudicaremos ex – ante la designación de “neo-kirchnerista”. Finalmente, se presentan algunas conclusiones.

Cabe una advertencia. El autor es economista; en consecuencia, este análisis – fundamentalmente político – puede reflejar limitaciones y sesgos; un sesgo que nos llevará a centrarnos en hechos y realizaciones, y no tanto en trayectorias personales o posicionamientos discursivos.

Se espera que a pesar de estas limitaciones, el trabajo pueda aportar a la comprensión del tema tratado.

Progresismo y peronismo

Las candidaturas de Alberto+Cristina Fernández han sido interpretadas como un intento de corregir una “radicalización”, imputada al pasado gobierno de Cristina Fernández de Kirchner.

³ Agradezco a Teresita Gómez y Jesús Monzón sus comentarios a una versión previa de este trabajo. Una versión anterior de este trabajo fue presentada en un seminario del CESP A en Septiembre de 2019; se recibieron entonces interesantes comentarios de Ricardo Aronskind y Nicolás Tereschuk. Valen las salvedades habituales.

Alberto Fernández aparece así como el referente volcado a la moderación y el diálogo, frente al maximalismo que habría encarnado su compañera de fórmula.

Hay dos aspectos – situados en un plano más formal que de contenido – que desde el vamos sugieren que efectivamente existen diferencias.

Por un lado, la elección como candidato presidencial de alguien que ha participado de la experiencia kirchnerista pero que también la ha criticado abiertamente puede ser leída una forma solapada de autocrítica, de reconocer que no todo estuvo bien hecho. Las autocríticas son reclamadas a otros con mucha frecuencia; pero son raras, en la mayoría de los órdenes de la vida. Y en política esto no es diferente. Una autocrítica muy abierta y detallada, por parte de un actor político, debilita a quien la realiza, porque reduce su credibilidad a futuro, y por tanto su capacidad de acción. Un gesto genérico deja abiertas las interpretaciones acerca de qué es lo que se pretende “auto-criticar”, con un daño más controlado, a la vez que permite ganar adhesiones de voluntades más renitentes o golpeadas.

Solo si el propósito es producir un cambio drástico de encuadre, la autocrítica abierta es la herramienta adecuada⁴. Si no es con un objetivo de esta naturaleza, la “autocrítica” que ha ensayado el kirchnerismo tal vez es todo lo que se puede pedir. Así y todo, en el desarrollo de la campaña, Alberto Fernández ha manifestado claros desacuerdos con aspectos puntuales de la gestión kirchnerista.

En segundo lugar, el estilo de Alberto Fernández no se corresponde a un patrón actitudinal presente en muchos actores del ciclo kirchnerista, bastante más confrontativo. Néstor Kirchner es un exponente de este patrón, al igual que otros funcionarios (vgr. Guillermo Moreno, Julio de Vido, Aníbal Fernández, etc.). Alberto Fernández arguye en forma más serena, y más volcada a la persuasión por el razonamiento; más apta, en definitiva, para la interlocución con las clases medias, ese estrato social que supo darle al kirchnerismo las victorias y las derrotas. La figura de Felipe Solá – alguien llamado a cumplir un rol relevante en un eventual gobierno de Alberto Fernández – refuerza esta tesitura; al igual, por cierto, que la discreta campaña que desarrolla

⁴ Salvando las distancias, un posible ejemplo de autocrítica que buscó producir un cambio radical de encuadre fue la realizada por el Jefe del Ejército Martín Balza, cuando sostuvo que lo actuado por las fuerzas armadas en ejercicio de la represión por medios ilegales debía ser considerado delictivo, sin otra consideración. Esta postura implicó dejar sin sustento a la teoría de los “dos demonios”.

Cristina Fernández, de la mano de su libro “Sinceramente”, campaña que precisamente apunta a difuminar una imagen confrontativa o maximalista, algo que comenzó el 11 de Diciembre de 2015. Ambos estilos pueden sin embargo convivir; así lo muestra el propio paso de Fernández por el gobierno, además de la mención de Cristina Fernández de que la propuesta de escribir el libro mencionado fue de Alberto Fernández.

Pero yendo a los contenidos – y sin que por esto se pretenda menoscabar la importancia de las formas, ya que de política se trata – la pregunta es si la designación de Alberto Fernández comporta efectivamente un corrimiento hacia el centro. Para esto, debemos por lo pronto preguntarnos si estuvo realmente “a la izquierda” el gobierno de Cristina Fernández, y hasta qué punto.

Alguna vez, ella dijo que a su izquierda, solo estaba la pared. Pero hay una hipótesis alternativa, y es que fue simplemente un gobierno peronista, no un gobierno volcado a un programa con una definida vocación de reformas progresivas⁵.

Esta hipótesis nos introduciría en la pregunta acerca de qué es ser “de izquierda” (o “progresista”) y qué es el peronismo⁶.

Con relación a lo primero, y sin entrar en discusiones que pueden extenderse mucho, la “izquierda” o el “progresismo” en los que pensamos hace referencia a un proyecto de un gobierno activo en el quehacer económico, con un plan orientador en el sentido de un desarrollo inclusivo; un gobierno que muestra particular preocupación por la integración de los sectores menos favorecidos; y un gobierno que adopta políticas de ampliación de derechos en temas sociales y culturales. Hablamos entonces de una izquierda social-demócrata (como lo fue la social-democracia antes de su conversión al neo-liberalismo en los países centrales). Esto es, no empleamos este término para aludir a programas de reformas radicales que impliquen la supresión de los elementos constitutivos de una sociedad capitalista. Si no usamos la expresión

⁵ Esta disyuntiva puede prestarse a equívocos. Alguna vez Aníbal Fernández, una personalidad central en el armado kirchnerista, se calificó a si mismo como “peronista, y no progresista”; pero no queda claro a qué se refería con el término “progresista”.

⁶ En parte, la discusión que sigue coincide con la desarrollada por Zamorano (2014, primera y segunda parte). No coincidimos sin embargo con varias de las conclusiones del autor, respecto del kirchnerismo

“izquierda social-demócrata” es por brevedad; pero éste el sentido con que usaremos el término “izquierda” de aquí en más.

En cuanto a qué es el peronismo, esta pregunta no admite respuesta en términos de programa de gobierno, habida cuenta de las diferencias en los programas propuestos y/o ejecutados a lo largo de la historia. El peronismo es un movimiento poco ideológico, que se funda sobre todo en la identificación con el “pueblo”, entendido como el gran colectivo social del que se diferencian clases medias y altas, más acomodada⁷. En otras palabras, se asume que el “pueblo” es peronista por naturaleza, no por convicción o persuasión. Esto no impide que varios de sus referentes puedan pertenecer las clases medias o altas; pero el peronismo no pretende representarlas.

Esta identificación con lo popular se asoció inicialmente a tradiciones que contienen matices conservadores; el origen del peronismo como movimiento a la vez anti-liberal y anti-radical, implica una crítica a la institucionalidad permeada por el liberalismo de la Constitución de 1853. La primera de las Veinte Verdades Peronistas precisamente reza que “La verdadera democracia es aquella donde el gobierno hace lo que el pueblo quiere y defiende un solo interés: el del pueblo”. Esto difiere de la noción de democracia como institución diseñada para la manifestación de la voluntad popular, y que en sí no tiene referencia alguna al bienestar o felicidad del pueblo⁸

Por otro lado, el peronismo asumió una raíz cristiana en su doctrina; fue así que el primer peronismo mantuvo la enseñanza religiosa en las escuelas, e incluyó manifestaciones críticas hacia la cultura construida en torno al proyecto de la Generación del 80 y el patrón agro-exportador que le dio sustento. Esto, sin llegar a adscribir al nacionalismo o a las primeras

⁷ Grimson (2019, pág. 16), citando a Ostiguy (1997), indica que “el peronismo estaba anclado con firmeza en el tercio socialmente más bajo de la sociedad (y que) adquiriría sentido como lo popular en oposición a lo refinado, lo nacional en oposición a lo cosmopolita y lo tercermundista en oposición a los países centrales”.

⁸ John Strachey, político laborista inglés, define precisamente a la democracia como el sistema donde los pueblos eligen a sus gobernantes, en condiciones de una razonable libertad de opinión (Strachey, 1964). No es ocioso señalar que la “verdad justicialista” citada fue expuesta al público en oportunidad del festejo del Bicentenario (2010). Somos conscientes de que el mero ejercicio de la institucionalidad democrática no asegura el cumplimiento del objetivo indicado (elegir el gobierno en condiciones de razonable libertad); así lo muestra de hecho la historia argentina en varias oportunidades, cuando las instituciones de la democracia representativa fueron groseramente violadas por quienes dijeron ser sus avalistas.

manifestaciones del revisionismo histórico⁹. Recientemente, un sector del gremialismo próximo al movimiento peronista ha solicitado al Vaticano la beatificación de Eva Perón.

Pero estos aspectos fueron perdiendo entidad, dejando lugar a lo que sin duda es una característica genética del peronismo: su pragmatismo; o, para decirlo en términos pos-modernos, su liquidez. Es así como en el pasado ha sido capaz de incluir los programas más diversos, desde la “patria socialista” hasta el “peronismo de alta escuela” de Carlos Menem, neoliberal (para no incluir la limitada presencia de sectores de ultraderecha fascistoide). Incluso dentro del período peronista “clásico”, a partir de 1949 y hasta 1955 imperó un molde de políticas económicas y sociales ya alejadas del expansionismo y redistribucionismo “ingenuos” de los primeros años, políticas que no carecieron de continuidades con lo que vino después de 1955. Esto es algo que ni peronistas ni antiperonistas querrán reconocer (en este punto al menos hay una coincidencia). Este programa de gobierno, que incluyó el estímulo a las inversiones extranjeras y la intención de regular los ajustes salariales, fue sin embargo ejecutado sosteniendo sin cambios la identidad con lo popular.

El peronismo adopta fácilmente el particular envase que considera adecuado, siguiendo el conocido precepto de que “la única verdad es la realidad”; o mejor diríamos, las variantes de los particulares envases, porque hoy se reclaman peronistas desde neoliberales como Juan Schiaretti y Juan Manuel Urtubey hasta reformistas de centro-izquierda como Daniel Filmus, con una escala en la estudiada xenofobia de Miguel Picchetto. Y más allá de los evidentes contrastes entre estos exponentes, y el poco o nulo debate que hay entre ellos, nadie sostiene que su opositor en el ideario no es peronista. La identidad no está en debate, y constituye una suerte de sustrato común que permite el diálogo entre exponentes de discursos ideológicamente muy diversos.

No es el caso, advirtamos, de dramatizar o tomar como excepcional esta liquidez, porque ella no es exclusiva del peronismo. En la Argentina, la Unión Cívica Radical cobijó históricamente tendencias bastante dispares, aunque sin el nivel de polarización ideológica que mostró alguna

⁹ Como ejemplo de esta dicotomía, el distanciamiento con el histórico ideario liberal no impidió que los ferrocarriles nacionalizados fueran designados con nombres de prohombres de esa línea (Bartolomé Mitre, Domingo F. Sarmiento y Julio A. Roca). El rescate de la figura de Juan Manuel de Rosas será posterior, ya en el gobierno iniciado en 1973, y culminará con la repatriación de sus restos, ya en la década de 1990, cuando el peronismo prohibió un programa de gobierno neo-liberal en lo económico.

vez el peronismo. Y fuera de la Argentina, la social-democracia europea o el liberalismo estadounidense asociado al Partido Demócrata (que es el ámbito de donde proviene precisamente el término “neo-liberalismo”) han mostrado inclinación hacia políticas conservadoras en las últimas décadas¹⁰. O, caso contrario, las políticas de gobiernos de centro-derecha en la posguerra, en Estados Unidos (gobiernos republicanos), Francia (gobiernos de Charles de Gaulle) o Italia (gobiernos democristianos)¹¹ no respondieron a un ideario liberal clásico. También en otros lados, la política muestra ser pragmática o líquida, por más que los partidos no se designen por el nombre de un líder, como ocurre en este país del sur sudamericano. Los dos grandes partidos de Estados Unidos, en su prolongada vida, han mostrado variedad a lo largo del tiempo, incluso con posicionamientos que se dirían contrarios a sus raíces¹². En este aspecto, tienen similitud con el peronismo.

En definitiva, lo que queda como distintivo del peronismo es lo identitario, a la vez que una particular exaltación del pragmatismo, entendido como forma legítima de hacer política. Es en este tipo de identidad que se funda la antinomia peronismo-antiperonismo, al parecer vigente hoy día¹³. El peronismo es hoy día mucho menos “doctrinario” de lo que pretendió ser en sus inicios, como resultado de sus pronunciados vaivenes. Si bien se rescata la simbología originaria y las personas de Perón y Evita, el peso práctico de estos íconos es muy bajo; además, el sincretismo entre movimiento, partido y Estado que fuera tan visible en el peronismo clásico hoy día se ha diluido sustancialmente.

Sin embargo, el anti-peronismo evoca una y otra vez al “peronismo clásico”, como una suerte de fijación o mantra, y sistemáticamente le atribuye el programa redistribucionista y movilizador del 1946-48 (además de endilgarle autoritarismo y violencia, una mirada de la que Borges y Bioy Casares dieron una versión hiperbólica, en su conocido cuento “La fiesta del monstruo”,

¹⁰ Uno de los pioneros en esta evolución hacia el conservadurismo ha sido el Partido Socialista Obrero Español, cuando asumió el gobierno de España en 1982.

¹¹ Véase al respecto Lipset (1968).

¹² A título de ejemplo, el presidente Abraham Lincoln, cuya postura antiesclavista llevó a la Guerra de Secesión, era miembro del Partido Republicano. El presidente Dwight Eisenhower, también republicano, fue quien implementó las primeras acciones gubernamentales contrarias a la segregación racial, en la década de 1950. Por otro lado, diversos dirigentes del partido Demócrata han sostenido posiciones favorables a la segregación racial; el ejemplo más visible es el de George Wallace.

¹³ El libro de Alejandro Grimson (2019, capítulo inicial) subraya precisamente el carácter identitario del peronismo. Sostiene asimismo que otros partidos han mostrado una amplia variedad programática: el Partido Revolucionario Institucional (México) y el Partido Comunista Chino.

escrito en 1947 y publicado en 1955¹⁴). Esto no debe sorprender; es propio de una cultura de clase media que busca diferenciarse de masas ascendentes. Si no hubiera existido el peronismo, se habría inventado algo en su lugar. Brasil ha experimentado una similar reacción de clases medias (acomodadas o no), ante la movilidad social y cultural que significaron los gobiernos del Partido de los Trabajadores, pese a que lo más parecido que hubo al peronismo en Brasil – el varguismo – había sido debidamente licuado y superado¹⁵.

Más allá de estos equívocos, puede afirmarse que el peronismo se caracteriza por una forma de construir poder político, basada en una particular combinación de identidad y pragmatismo. Esta combinación se ha apoyado tradicionalmente en un discurso más manipulador que argumentativo: el adversario es descalificado por “no comprender” que el peronismo anteponga el “interés del pueblo” a cualquier otra argumentación, a partir de la hipótesis (o presunción) que su identificación con el pueblo le permite conocer realmente “lo que el pueblo quiere” (como reza la primera Verdad Justicialista)¹⁶. Esto permite desacreditar argumentaciones con otros fundamentos (técnico-económicos, por ejemplo), obturando la posibilidad de discusión. Llevado a un extremo, esta tesitura lleva a sostener por ejemplo que un camino debe ser pavimentado porque es lo que el pueblo necesita o desea, al margen de lo que indique algún cálculo económico¹⁷.

¹⁴ Borges y Bioy Casares (1955).

¹⁵ De todas formas, luego de una completa asimilación de la figura de Getulio Vargas (reflejada en las innumerables avenidas que llevan su nombre), ella ha sido traída nuevamente a colación, cuando se trató de construir una crítica al modelo desarrollista. Así, Fernando H. Cardoso convocó a concluir “la era de Vargas”, un completo anacronismo en Brasil. De todas maneras, el varguismo no ha ocupado el lugar que tiene el peronismo en el imaginario anti-peronista; ese rol le correspondió a Luis Inácio Lula da Silva y al Partido de los Trabajadores.

¹⁶ Queés (2008) cita, de la revista Mundo Peronista, las siguientes recomendaciones para la campaña política, en el año 1951 (subrayado nuestro):

“• la exaltación del líder y su esposa, su palabra y su obra de gobierno

• *su identificación con el Pueblo y la Patria como colectivos*, a la vez, el Pueblo en general y los individuos que lo conforman en particular son definidos fundamentalmente como agradecidos beneficiarios de la obra de gobierno.

• *El adversario como residuo incomprensible*, salvo por obcecación o mala fe, puesta al servicio de intereses foráneos o de la defensa de sectores privilegiados.”

¹⁷ Un ejemplo de esta postura es expresada por Raúl Scalabrini Ortiz (1965): “Estos asuntos de economía y finanzas son tan simples que están al alcance de cualquier niño. Sólo requieren saber sumar y restar. Cuando usted no entiende una cosa, pregunte hasta que la entienda. Si no la entiende es que están tratando de robarlo. Cuando usted entienda eso, ya habrá aprendido a defender la patria en el orden inmaterial de los conceptos económicos y financieros”. El que Scalabrini Ortiz no era peronista sugiere que esta concepción se encontraba arraigada en parte de la sociedad argentina..

Sin duda, lo identitario se ha matizado un tanto, por el paso de la historia; en particular, la derrota electoral de 1983 marca una bisagra, porque implica romper la asociación entre peronismo y mayorías populares. Pero seguramente la valoración del pragmatismo sigue en pie; lo identitario surge así como una forma de fundamentar discursivamente que el pragmatismo se ejerce en el sentido “correcto”, o sea, en favor de las mayorías populares.

Ésta es una suerte de contrapartida al discurso neo-liberal, que sostiene una y otra vez que el peronismo “no comprende” las leyes de la economía. Es interesante señalar aquí una dicotomía, en oportunidad de la implementación de las reformas de los años '90 y el Plan de Convertibilidad. Mientras que desde el ángulo de la conducción económica, la fundamentación se apoyó siempre en saberes técnicos – las medidas responden a lo que recomienda la disciplina económica – el discurso del Presidente Menem apeló fundamentalmente al pragmatismo. Su aseveración de que estamos haciendo “peronismo de alta escuela” no debe ser tomada como una mera *boutade*, sino como una de las mayores manifestaciones del pragmatismo peronista. Esto ocurrió precisamente cuando el peronismo adoptó el único programa del que siempre se manifestó como adversario indeclinable¹⁸.

Importantes exponentes del peronismo hoy día han tendido a abandonar este tipo de retórica, y han optado por un discurso más fundado en el razonamiento convencional. Las recientes candidaturas a Presidente, Jefe de Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y Gobernador de la Provincia de Buenos Aires son una evidencia clara de este recambio. Pero el discurso basado en la identidad con el pueblo no ha desaparecido. Este es un punto importante, sobre el que volveremos después.

Identidad y pragmatismo serían así los elementos comunes que podrán guiar la interpretación del peronismo a lo largo de su historia. Pero estos rasgos permanentes no deben ocultar los importantes cambios que ha experimentado el peronismo, y que en grado importante explican su persistencia.

¹⁸ En rigor, el programa adoptado por el ministro Celestino Rodrigo – durante la presidencia de María Estela Martínez de Perón – tuvo un basamento discursivo bastante próximo a lo que hoy llamaríamos neo-liberalismo; pero fue un ensayo efímero, para él y para su principal asesor, Ricardo Zinn.

- En primer término, el peronismo ha sobrevivido a la muerte de su líder indiscutible e indiscutido, contrariando pronósticos diversos. Esto no quita que sea un movimiento político con lógica verticalista; pero en esto no difiere de otros partidos políticos en Argentina¹⁹. La lógica verticalista de hecho no ha impedido una diversidad de corrientes internas, que llegó a su paroxismo en 2003, cuando tres listas peronistas concurren a la elección presidencial.
- En segundo lugar, el peronismo nació como un movimiento político enraizado en el Estado, pero gradualmente fue ganando autonomía, tornándose una corriente referencial para parte de la sociedad. Las reiteradas predicciones de que la pérdida del control del aparato estatal significaría su desaparición no se han cumplido²⁰.
- Por último, y quizá lo más importante, el peronismo ha visto mutar su base de sustentación. Cuando nació, para usar términos de su retórica, la “columna vertebral” era el “movimiento obrero organizado”, complementada por sectores de la clase media baja. La clase media de mayor ingreso y nivel educativo se ubicó en aquel entonces en una postura fuertemente opositora, desde bastiones típicos como la universidad pública. Ya en los años ’70 este panorama había cambiado. Por un lado, el sindicalismo había dejado de tener la centralidad que había sido suya, fruto de una trayectoria donde los intereses propios y la colusión con diversos gobiernos lo habían autonomizado²¹. Por otro lado, la clase media – que había crecido en incidencia con relación a la década de 1940 – se mostró bastante más receptiva; la denominada “rama juvenil” del movimiento peronista en la década mencionada fue el vehículo de ingreso de estos sectores; esto respondió también a la existencia de procesos contestatarios o revolucionarios de la época. Esta apertura de la base electoral persistió en tiempos posteriores,

¹⁹ Es ejemplificativo el caso de la Unión Cívica Radical. La ausencia de un liderazgo fuerte ha contribuido a su virtual anomia, convirtiéndose así en una suerte de federación de partidos diríamos provinciales; es desde esta posición de debilidad que se explica su asombrosa inserción en la alianza con el PRO de Mauricio Macri, donde, pese a aportar el grueso de los votos, no ha logrado un posicionamiento expectante en las decisiones del actual gobierno. Recuérdese al respecto que en 2013 el partido PRO de Mauricio Macri logró un 8% de los sufragio.

²⁰ Recordemos que, desde su nacimiento, el peronismo fue gobierno en 34 años, sobre un total de 74; esto es, menos de la mitad de dicho período.

²¹ Podría sugerirse que la antigua simbiosis del peronismo con el Estado fue continuada por buena parte del sindicalismo, ya al margen de quién sea el Gobierno. Su posicionamiento como mediador en el conflicto entre capital y trabajo le permitió logros corporativos diversos, entre los que sobresale el otorgamiento de la gestión de las obras sociales, parte de la dictadura militar de Juan Carlos Onganía, una concesión nunca revertida, y que probablemente explique la gran longevidad de las dirigencias sindicales.

y fue reforzada durante la gestión kirchnerista. Como ya dijimos, serán de hecho los sectores medios los que le brindarán al peronismo sus grandes victorias y derrotas, frente a la mayor estabilidad de las preferencias electorales de los sectores de menores ingresos²².

El modo kirchnerista de peronismo

En función de lo que hemos expuesto, la pregunta acerca de cómo calificar al kirchnerismo pasará por entender cuál fue el perfil que adoptó el peronismo esta vez.

No hubo un claro programa en los inicios del gobierno kirchnerista. Quien haya leído el reportaje que Torcuato di Tella le hizo a Néstor Kirchner antes de las elecciones de 2003 no podrá sino llegar a esta conclusión, más allá de una invocación genérica a un mayor activismo estatal, especialmente en defensa de los sectores más postergados²³. Esto es lo opuesto a lo ocurrido con el inicio de la gestión de Carlos Menem, cuando se explicitó un programa de reformas neo-liberales.

Podemos en parte atribuir esta punto de partida a la coyuntura: la sociedad argentina estaba emergiendo de la peor crisis económica de su historia moderna; no era época para grandes epopeyas. La frustración generada por el derrumbe de la Convertibilidad fue mayúscula, máxime si se considera que en las elecciones de 1999 radicalismo, peronismo y la candidatura del mismísimo Domingo Cavallo habían reunido el 97% de los votos. No se había planteado el abandono de este esquema, que había sacrificado en el altar de la macroeconomía de corto plazo cualquier proyecto de crecimiento; en algunos casos por convicción, en otros (quizás la mayoría), por temor. No debe sorprender entonces que el derrumbe de este ¿arcaico? arreglo monetario produjera una conmoción que puso en jaque al conjunto de la clase política; máxime, si además se congelaron los depósitos bancarios, tan (a)preciados para la clase media.

²² Así, en 2011 Cristina Fernández de Kirchner logró alzarse con la victoria en la campaña presidencial nada menos que en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

²³ Kirchner y Di Tella (2002).

Esperar un plan de gobierno para el mediano plazo en este contexto es simple ingenuidad. Sobre todo, porque Néstor Kirchner arribó a la presidencia con un 22% de votos propios, con el partido gobernante dividido en tres candidaturas presidenciales. Además, no hubo debate en la arena política acerca de cuestiones económicas; esto último resulta asombroso, si se piensa que allí era donde había pasado el eje de los acontecimientos, derrocando dos presidentes en poco tiempo.

Proponemos además un factor que contribuye a explicar esta ausencia de plan, y es que Kirchner provenía de la gestión provincial²⁴. Conviene detenerse en este punto, para poner a la luz un fenómeno no señalado habitualmente.

La gestión provincial en Argentina no es precisamente un campo propicio para ensayos de planes ambiciosos o “refundacionales”; esto vale en mayor grado para las provincias chicas, cuya dimensión es inferior a la de un municipio de escala grande (como ocurre con Santa Cruz, la Provincia de donde era originario Néstor Kirchner). A esto se agrega la particular correspondencia entre ingresos y gastos fiscales: el éxito de la gestión provincial pasa esencialmente por lograr recursos del gobierno nacional, para lo cual el discurso reivindicatorio (la “reparación histórica”, para emplear una locución de uso frecuente) es central. En esto juega además la renuencia a enfrentar cara a cara a los electores, ejerciendo la potestad tributaria: es preferible volver a la Provincia del ritual viaje a la Capital Federal con algún logro, promesa, proyecto, o lo que fuera, con financiamiento federal, antes que movilizar la tributación provincial. Igualmente ocurre en el debate presupuestario, especialmente en lo referido a obras públicas²⁵.

Cualquiera sea la razón, el hecho es que las gestiones provinciales no pasan de meras administraciones más o menos prudentes, y carecen en general de ambiciones en lo programático. Son muy pocos por ejemplo los documentos de planificación que brinden una

²⁴ Este fue el caso de casi todos los presidentes en la Argentina desde 1983: Menem, De la Rúa, Duhalde, Kirchner y Macri, y también del efímero Rodríguez Saá. Si descontamos el caso de Raúl Alfonsín, del que por su carácter de primerizo luego de dos dictaduras y una única elección no podríamos esperar *pedigree* provincial, solo Cristina Kirchner no fue gobernadora previamente (y éste será el caso de Alberto Fernández, de ser electo).

²⁵ Una forma de “mostrar mérito” ante el mandatario provincial por parte de un legislador nacional es lograr la inclusión de algún proyecto de inversión. La enumeración de proyectos para cuya ejecución pueden afectarse ejercicios futuros (art. 15 de la Ley 24.156) fue el lugar empleado con frecuencia para mostrar este logro.

orientación acerca de su accionar; son escasas las iniciativas en lo educativo o cultural (salvo quizá el caso de provincias renitentemente católicas). Se trata de gestiones grises, y que por lo general no dan lugar a experiencias extrapolables al nivel nacional, porque no intentan nada innovador; son, diríamos, gestiones municipales en mayor escala. Podemos contabilizar sin embargo dos excepciones: la CABA con la gestión del PRO, donde si se han cristalizado iniciativas innovadoras; y el caso de la Provincia de San Luis, en la que una dinastía de gobernadores ha sostenido una suerte de modelo provincial de crecimiento, no exento de cierto “realismo mágico”.

Hay una evidencia notable de esta suerte de desnivel entre Nación y Provincias: *las gestiones provinciales no se han visto afectadas por las crisis terminales que azotaron al gobierno nacional y a la clase política en general*. Así ocurrió visiblemente en 2001 (cuando cundió la consigna “que se vayan todos”), pero también en 1989-90. La propia experiencia presidencial – brevísima y no exenta de ridículo – de Adolfo Rodríguez Saá se pareció más a una excursión turística a la Capital frustrada por el mal tiempo: el brevísimo presidente regresó con su prestigio intacto en el ámbito de su provincia. La crisis a nivel nacional es vista desde las provincias como un hecho ajeno, que es enfrentado situándose por debajo de la línea de fuego; a esto colabora que los desbordes locales que producen estas crisis son prestamente atendidos por ayuda económica y fuerzas represivas que brinda la Nación (esto último, por incapacidad o desconfianza hacia las policías provinciales)²⁶.

Con este trasfondo, la gestión de la Provincia de Santa Cruz no mostró especiales capacidades o virtudes, más allá de la celosa guarda de los cuantiosos recursos brindados en años anteriores por la Nación en concepto de regalías petroleras. No era una experiencia relevante para quien asumió la presidencia. Por otro lado, el desmadre posterior de la Provincia sugiere que el kirchnerismo no dejó una estructura institucional sólida, y que todo había dependido del fuerte liderazgo del gobernador, luego saliente.

²⁶ Una evidencia interesante de este desfase entre gestión nacional y provincial es la experiencia del PRO-Cambiemos: hubo diferencias notables entre el gobierno de la CABA y el de la Nación. Entre otras, en el primero no se registró la presencia ostensible de CEOs o agentes similares, como así tampoco de figuras represivas como Patricia Bullrich.

Los comienzos de la gestión de Néstor Kirchner no mostraron entonces una orientación particular. La agenda quedó dominada por la necesidad de acumular poder para superar el magro apoyo electoral logrado en 2003²⁷. Seguramente eso fue logrado; el 42% de votos propios en las elecciones de 2005 así lo indica; fue de hecho el mejor resultado que obtuvo el kirchnerismo en elecciones legislativas. El que se haya alcanzado este guarismo, y además apartándose de su principal soporte en 2003 – el duhaldismo – pone este episodio en el estante de las hazañas políticas argentinas. Pero esto no se logró por vía de un discurso o programa coherente y articulado, sino por mero pragmatismo, donde no faltó incluso un intento de alineamiento de diferentes sectores políticos al margen del aparato partidario peronista (la llamada “transversalidad”, un intento fallido) y por obra de la cooptación.

En lo económico, la actitud al principio fue más bien de simpatía con los sectores empresariales, aunque no con el sector financiero. Se tendió una alianza sólida con las empresas constructoras de la obra pública; como acto simbólico, las aperturas de sobres de las más banales licitaciones de obras de la Dirección Nacional de Vialidad fueron realizadas en la Casa Rosada. En su primer viaje (en su vida) a Estados Unidos, Néstor Kirchner se exhibió tocando la campana que inicia las operaciones en Wall Street, mostrándose así amigable con los “mercados” (financieros, claro está). Y su discurso explícito hacia los empresarios fue, textualmente, “vean lo que hago, no lo que digo”.

Al mismo tiempo, y mostrando un posicionamiento que se repetiría más adelante, negoció duramente con los acreedores internacionales; en esto hubo de todas formas una continuidad con la posición asumida por el gobierno durante la gestión de Duhalde. Ésa fue la mejor gestión de Roberto Lavagna que tuvo la historia argentina. Nos parece claro que una renegociación de la deuda bajo una conducción ortodoxa habría tenido un cariz diferente, aun cuando en definitiva la quita lograda no fue muy significativa, por obra sobre todo del cupón ligado al crecimiento²⁸.

²⁷ Gerchunoff y Kacef (2018).

²⁸ Véase al respecto Müller (2013).

Hay de todas formas un elemento objetivo – que no hemos visto reflejado en otros análisis²⁹ – que puede explicar cierta soltura del Gobierno, frente a los poderes económicos. El Plan de Convertibilidad fue más articulado proyecto que pudo diseñarse en función de los intereses del establishment empresarial, representado por las grandes empresas y el sector de las finanzas. Su estallido fue el fracaso el de esta élite, que supo sostener sin fisuras este arreglo; y por si hubieran dudas, el estallido fue en las manos de quién lo concibió, el dos veces Ministro de Economía Domingo Cavallo. El estado de anomia que siguió a esta brusca interrupción de un conjunto de contratos que abarcaba a buena parte de la población obligó a la cautela; esto explica, por ejemplo, la aceptación de la pesificación de las tarifas públicas y también el relativo impacto inflacionario de la devaluación de 200% que siguió al abandono del tipo de cambio fijo. De alguna manera, el Gobierno surgido en 2003 usufructuó del margen de maniobra que le brindó esta contención empresarial. En este sentido la salida de la crisis de 2001-2 *fue radicalmente diferente al de la anterior crisis hiperinflacionaria de 1989-90*; en aquel entonces, el Gobierno emergió fue (auto)inculpado, sentando así las bases para el ambicioso programa de reformas neo-liberales de la década de 1990.

La apertura hacia el mundo empresario se llevó un temprano chasco en 2004, con lo ocurrido en el campo energético. En un solapado acuerdo con los proveedores de gas, se estableció un mercado electrónico de despacho del fluido, a fin de lograr una recomposición de los precios (excluidos los consumos residenciales), congelados desde la devaluación de 2002. El acuerdo habría incluido – nunca se supo oficialmente – la condición de que la senda de incremento habría de ser gradual. En lo que parece ser un ejemplo más del “tomar todo mientras se pueda” propio de los agentes económicos en Argentina, este intento desembocó en el corte de suministro a ingenios de Tucumán por parte de los productores de gas, en medio de una pulseada por las tarifas. Se inició así una supuesta “crisis energética” que nunca fue tal³⁰. Este episodio, y el enfrentamiento con la petrolera Shell, comandada por Juan José Aranguren, por los precios de los combustibles líquidos, fueron los primeros pasos de un progresivo distanciamiento con el sector empresario; una suerte de baño de realismo.

²⁹ Por ejemplo, en Castellani y Gaggero (2017)

³⁰ En este sentido, las menciones de una “crisis energética” que encontramos en Schorr y Wainer (2017), entre otros, son desacertadas.

Apareció algo distintivo del kirchnerismo, en esta circunstancia. Ante la amenaza de los proveedores de gas, la respuesta no fue retroceder o contemporizar, sino la creación de Enarsa. Una empresa con funciones suficientemente difusas (que incluyeron la auditoría de reservas de empresas privadas, una función que corresponde al Estado, no a una empresa) como para que pudiera ser esgrimida como una amenaza. O sea, se trataba de mantener a toda costa la iniciativa, aun con evidentes desprolijidades, que bien pueden haber sido intencionales, y que no son ajenas al estilo del peronismo.

El choque con las patronales agropecuarias sería el capítulo decisivo para un reposicionamiento de la gestión. De esta forma, el kirchnerismo fue exteriorizando una posición de autonomía frente a los poderes económicos que no se había perfilado en un principio, posición que se vio favorecida por lo que ya mencionáramos acerca de la particular naturaleza de la crisis de 2001-2.

A propósito de desprolijidades, el estilo de Guillermo Moreno – puesto de manifiesto en todo lo referido a la intervención sobre el INDEC – fue toda una marca registrada del quehacer kirchnerista (aunque conviene subrayar que hubo manipulaciones estadísticas en otras gestiones económicas). Seguramente el propio Moreno se disgustaría si se lo calificara como de centro-izquierda o progresista; esto es simplemente peronismo, como sea que se lo defina (de hecho, acaba de tildar a Alberto Fernández de “social-demócrata liberal”).

Yendo a un tema análogo, y siempre a la búsqueda de una respuesta acerca de si se trata de progresismo o peronismo, veamos qué ocurrió con el tema de las reformas neoliberales de los '90, y en particular con las privatizaciones. No hay duda de que hubo reversiones de importancia. Las más sonadas y visibles fueron la re-estatización de YPF y la supresión del régimen previsional de capitalización. A esto podemos agregar el regreso al Estado de buena parte del sistema ferroviario concesionado, del servicio de agua potable y saneamiento del AMBA (algo que ocurrió también en muchas provincias) y de Aerolíneas Argentinas/Austral. Hubo además iniciativas importantes en el campo energético: la extensión de la red de transporte en alta tensión, el empleo de fondos de estabilización para financiar nuevas centrales térmicas convencionales, la retomada de la construcción de la Central Atómica Atucha

II y el impulso a dos grandes proyectos de generación hidroeléctrica (La Barrancosa y Condor Cliff, en la Provincia de Santa Cruz).

No hay dudas de que el Estado tuvo una presencia renovada; solo en el caso del transporte eléctrico, esto reconoce antecedentes ya durante la Convertibilidad, cuando se había asumido el fracaso del marco implementado y se había enunciado el Plan de Transporte Eléctrico Federal (1999). Pero lo cierto es que en la mayoría de los casos, *la vuelta al ámbito estatal fue más bien forzada por las circunstancias*, y no fue el resultado de alguna decisión programática. De hecho, ella no fue acompañada por algún discurso expresamente crítico del programa de reformas de la década anterior.

Así fue en el caso de YPF: la estatización se gatilló cuando quedó claro que la supuesta “argentinización” de la empresa propuesta por Repsol (y comprada a paquete cerrado por el gobierno) no fue más que un ardid para legitimar cuantiosas remesas de utilidades, en busca de oportunidades de inversión en otros yacimientos más promisorios, abandonando la exploración de reservas en Argentina. A ojos de la generalidad de los productores privados, la producción de hidrocarburos convencionales parecía haber ido más allá de su clímax.

En el caso del transporte aéreo, antes de la estatización de Aerolíneas Argentinas, vimos la llegada del grupo Marsans. Fue solo cuando éste último terminó de vaciar a la empresa que se decidió la expropiación, a un valor simbólico porque el patrimonio neto se había esfumado. Por otra parte, fue durante este gobierno que ingresó lo que será la principal competencia de Aerolíneas Argentinas, la chilena LAN (hoy integrada al grupo LATAM), un rival que está destinado a perdurar en el tiempo.

Aun la estatización del sistema previsional fue un salvataje: los escasos beneficios jubilatorios que las administradoras estaban pagando debían ser complementados por el Estado en muchos casos, por no alcanzar los valores mínimos establecidos por ley. Peor aún, estos beneficios eran financiados por los aportes de los cotizantes, no por el rendimiento de las inversiones, puesto que los valores de las cuotas-parte se encontraban inflados (por estar valuados a “valor técnico”). En otras palabras, había comenzado el vaciamiento del sistema de capitalización. Esto explica a nuestro juicio que la decisión en su momento despertó pocas resistencias, habiendo

sido tomada a pocos meses del conflicto por la Resolución 125/2008, sobre retenciones a las exportaciones agrarias; esto es, en un clima muy poco favorable al gobierno.

En cuanto a las concesiones ferroviarias, éstas fueron abandonadas o tuvieron que ser canceladas, en función de muy gruesas fallas de gestión y accidentes, algunos muy notorios; el accidente de Once fue lo más visible de una larga seguidilla.

Y siempre en el ámbito de las empresas antes públicas y luego privatizadas, hay ejemplos donde hubo continuidad. La distribución eléctrica en el AMBA, donde se practicó un prolongado congelamiento tarifario, continuó en manos privadas, al igual que la distribución de gas en todo el país. Las concesiones viales por peaje para las rutas interurbanas continuaron en vigencia; fueron de hecho renovadas en dos oportunidades, aun cuando resultaron ser fuertemente subsidiadas (los valores pagos por los usuarios en los últimos años no cubrían mucho más que los propios costos de recaudación, costos con elevada incidencia en el caso argentino). El sistema de aeropuertos continuó en un régimen concesionado. Las plantas industriales privatizadas (básicamente siderurgia y petroquímica) no retornaron al Estado.

En conclusión, hubo estatismo, pero fue de última instancia, cuando ya el sector privado mostró falencias irreversibles.

Un rasgo muy característico – y muy próximo al peronismo clásico – fue la visión acerca de la industria. Una y otra vez, el énfasis fue puesto en el potencial de este sector para generar empleo de calidad. Esta visión limitada, es además mínimo anacrónica. La industria está lejos hoy día de ser un empleador preponderante; no brinda más empleo que la suma de los empleos en educación y servicio doméstico, aproximadamente. La potencialidad de la industria para incorporar progreso técnico y consiguientemente incrementos de productividad no fue puesta en el primer plano que correspondería.

Hasta aquí, entonces, lo ejecutado se asemeja más a un accionar responsivo, que no duda en darle protagonismo al Estado, pero sin una orientación muy definible.

Pero podemos contabilizar por otro lado acciones claramente progresistas, cuyo parentesco con el peronismo tradicional es bastante relativo.

La reforma y unificación de los códigos civil y comercial, la reforma del código penal (lograda con acuerdo interpartidario y luego saboteada por la oposición, que impidió la sanción) y la ley de comunicación audiovisual son ejemplos valederos. Estas decisiones no son necesariamente incompatibles con el ADN peronista, pero tampoco inherentes a él

Una decisión de corte netamente progresista es, seguramente, el matrimonio igualitario; la temática de género nunca interesó demasiado a las dirigencias peronistas, más allá del voto femenino.

Algunos productos de la política cultural son también rescatables desde una óptica de centro-izquierda: los canales Encuentros y Paka-paka, y sobre todo la propuesta de Tecnópolis, quizá uno de los mayores logros, por la creación de un espacio inclusivo como pocos. En el campo de derechos humanos hubo acciones contundentes y legítimas (aunque judicialmente discutibles), tales como la anulación de los indultos a los militares y la retroactividad en la anulación de las leyes de punto final y obediencia debida.

La política exterior fue otro ejemplo de orientación centro-izquierdista, concordante en este caso con algunos antecedentes peronistas “clásicos”, remisos a la sujeción a la potencia americana dominante. Es posible que haya pesado fuertemente aquí la tradición diplomática de Brasil, país al que el gobierno kirchnerista no dudó en referenciarse. Pero lo cierto es que el posicionamiento externo fue diferente al visto en gobiernos anteriores (y al gobierno posterior); la Argentina fue protagonista central del rechazo al ALCA en Mar del Plata en 2005, un episodio al que quizá la historia le dará más trascendencia a la que se le asigna actualmente³¹.

Donde sí coinciden progresismo y peronismo es en decisiones distributivas. Sobresalen desde ya la universalización del beneficio jubilatorio y la Asignación Universal por Hijo, además de un conjunto de programas dirigidos a formas de economía social. Pero las dos primeras (sobre todo la Asignación), son medidas compatibles con un espectro político relativamente amplio; solo posturas de derecha muy reaccionaria pueden oponerse. El actual gobierno de hecho los

³¹ En nuestra opinión, el apoyo que la administración Trump ha dado a la Argentina durante la gestión de Mauricio Macri no es ajeno al rechazo al ALCA.

mantuvo, aun cuando en el ámbito previsional optó por reducir el alcance del beneficio universal, al crear la Pensión Universal para el Adulto Mayor.

En otras palabras, parece haber sido el campo cultural y social donde hubo los avances más importantes; allí asoma una veta progresista, social-demócrata. Lo mismo podemos decir de la política exterior. En varios aspectos, los avances fueron notables, sobre todo si se los compara con el período peronista “clásico”, que fue prevalecientemente conservador en cuestiones culturales, más allá de sus esfuerzos de expansión del sistema educativo.

Esto coexistió sin embargo con un *revival* de algunas prácticas del primer peronismo, relacionadas con cierta iconografía; allí están el perfil de Evita Perón en el edificio ex – Obras Públicas (en la Avenida 9 de Julio, en la Ciudad de Buenos Aires), la efigie del mismo personaje en un edición de papel moneda y la abundancia de homenajes a Néstor Kirchner en nombres de obra pública (sobresaliendo el caso del Centro Cultural Kirchner). Estas acciones no tuvieron ni de lejos el alcance que se viera en el primer peronismo. Su impacto en términos de proselitismo es difícil de evaluar; pero parece dudoso, y quizá haya sido contraproducente en la clase media.

Es en la crucial área de la economía donde el kirchnerismo mostró mayor moderación en cuanto a la construcción de un abordaje alternativo, y de hecho ni siquiera tuvo un patrón definible. Puede incluso arriesgarse que el propio default de 2002 forzó posturas que quizá en otras circunstancias no habrían existido. Nos referimos sobre todo a la firme posición adoptada frente a los acreedores externos, y en menor medida frente al empresariado en general.

No nos sorprenderá entonces encontrarnos con un saldo un tanto dispar: una particular combinación de progresismo y pragmatismo, con varios matices decididamente peronistas; la liquidez peronista potenciada. Como dijimos, en esto hay diferencias importantes con el primer peronismo, donde el progresismo cultural estuvo ausente.

El eventual “corrimiento hacia el centro” de un gobierno presidido por Alberto Fernández sería una nueva combinación de estas categorías, que implicaría cierto descafeinamiento del componente progresista en favor de un centrismo, no necesariamente peronista. El saldo queda a definir; podemos tejer por ahora no más que algunas conjeturas. A esto vamos en el apartado siguiente.

El posible modo neo-kirchnerista de peronismo: algunas hipótesis

¿En qué difiere el armado político del Frente de Todos, con relación al del Frente para la Victoria? ¿Qué puede esperarse de sus directrices políticas, en caso de lograr la presidencia en octubre próximo?

La primera pregunta puede ser respondida con alguna precisión, en la medida en que se refiere al presente; la segunda es ya más especulativa, aunque gana mucha relevancia, a partir del resultado de las últimas elecciones primarias.

Un primer aspecto diferenciador puede encontrarse en los discursos. La retórica del Frente para la Victoria tendía a los patrones peronistas más tradicionales: unas pocas consignas básicas, y virtual ausencia de definiciones de alguna profundidad. El Frente de Todos muestra diferencias sustanciales en ese punto, por lo que vemos hasta ahora, y no solo en el discurso propositivo, que indica posicionamientos frente a cuestiones de gobierno.

A nivel programático, no se ofrece una plataforma sistemática, por lo menos hasta ahora; el discurso unificador es la oposición a las políticas del actual gobierno, a las que se les señalan sus inconsistencias y fracasos. Pero no han faltado posicionamientos muy claros e inequívocos. Quizá lo más visible es la visita de Alberto Fernández a Luis Inácio Lula da Silva, en prisión, y también el fuerte contrapunto con el presidente de Brasil, Jair Bolsonaro. También ha avanzado en definiciones, especialmente en política exterior y lo referido a las relaciones con el Fondo Monetario Internacional y la cuestión de la deuda. Las definiciones son en general congruentes con un ideario de centro-izquierda moderada, concebido algunas veces como un nexo entre peronismo y progresismo (rompiendo así la dicotomía que planteara alguna vez Aníbal Fernández). Este posicionamiento tan explícito no es algo acostumbrado en los sectores políticos no conservadores (fuera del caso de la izquierda clásica). No es usual, por ejemplo, que se endilgue abiertamente al Fondo Monetario Internacional el apoyo a una facción política interna.

Un aspecto también diferenciador ha sido la concurrencia de Alberto Fernández a programas periodísticos reconocidamente anti-peronistas. Su posición de crítico de aspectos parciales de la gestión kirchnerista le ha permitido sortear contextos particularmente adversos.

Esta claridad expositiva se refleja en la forma con que tanto Alberto Fernández como Cristina Fernández se han referido a la formación del Frente de Todos (una designación a la vez insulsa y eficaz). La interpretación más inmediata de este armado es que la figura de Cristina Fernández apunta a sostener el voto más propiamente peronista, y el voto que simpatiza más con Cristina Fernández que con el propio peronismo; Alberto Fernández interpela a los sectores más remisos, típicamente de la clase media. Esta fórmula presidencial fue la respuesta al enigma “Con Cristina no alcanza, pero sin Cristina no se puede”, enunciada por Alberto Fernández cuando oficiaba de operador. Ahora, el punto a destacar es que *esto ha sido explicitado casi textualmente por ambos candidatos, como parte de su campaña*. Ahora el propósito es lisa y llanamente el de explicar; no hay rastro de manipulación.

Este patrón comunicacional, y la claridad de ciertos posicionamientos, seguramente constituyen la novedad más importante de esta campaña electoral.

Esto, en cuanto a la constitución del Frente de Todos y su posicionamiento actual. Vamos ahora a la pregunta acerca de lo que puede esperarse de una eventual gestión gubernamental. Como dijimos, sobre esto solo podemos tejer especulaciones.

Es un lugar común afirmar hoy que el margen de acción en el campo de la economía será más que estrecho. La relación con los acreedores, en especial con el FMI, será motivo de tensión, dado el gran volumen y proximidad de los vencimientos, y las condicionalidades habituales por parte de la banca multilateral. En alguna medida, la posición negociadora del gobierno será más desfavorable que en el 2002, y no por el escenario económico interno; no parece esperable una caída del PIB de dos dígitos, como la ocurrida en aquel entonces, ni tampoco un desempleo explosivo. Pero en 2001-2 el abandono del FMI y la actitud abiertamente hostil del Tesoro estadounidense (“los Argentinos son así porque les gusta”, había dicho el Secretario Paul O’Neill) justificaron una postura de firmeza por parte de la Argentina. El blindaje y el megacanje habían supuesto además tasas de interés astronómicas (del orden de 13-15%), que

por si mismas justificaban un *default*, como sostuvo el propio Michael Mussa, funcionario del FMI (Mussa, 2002).

Nada de esto ocurre ahora; debe descartarse cualquier planteo de ilegitimidad o repudio; así lo ha expresado el propio Alberto Fernández. La Argentina entró en esta senda por su propia voluntad, y nadie le soltó la mano esta vez; ahí está el préstamo del propio FMI para demostrarlo, fundado en el abierto patrocinio del gobierno de los Estados Unidos.

Por otro lado, la anómala deuda con el FMI ni siquiera admite una suspensión de pagos.

En este escenario, no debe descartarse el “corrimiento al centro”, esto es, concesiones poco digeribles para la opinión de centro-izquierda. No descartamos la posibilidad de aperturas a inversores privados, como forma de reducir los pasivos externos, o incluso para aliviar cargas fiscales; esto es, una suerte de reedición en baja escala de lo ocurrido en los '90, en esta materia. La “joya” en este caso será esencialmente el negocio de los hidrocarburos, incluyendo a la propia YPF; no queda nada más que resulte muy atractivo o valorable a los ojos de eventuales inversores externos (incluyendo a Aerolíneas Argentinas, dado la baja rentabilidad del mercado aéreo). El sistema previsional privatizado había sido fuente de elevadas ganancias; pero parece dudoso que se pueda ensayar una reforma en gran escala, por sus fuertes repercusiones fiscales en el corto plazo, que solo podrían agravar el cuadro.

Una variante posible es la obtención de financiamiento desde el lejano oriente (China), como forma de escapar del yugo del FMI, pero a juzgar por la historia reciente, esto será a cambio de una apertura de carácter netamente reprimarizante. China no tiene mayor interés en asociar a la Argentina a su propio proceso de industrialización; pero quizá este sea un punto negociable. Esta opción podría sin embargo ser aceptable desde la perspectiva pragmática propia del peronismo. Lo que resulta poco esperable es alguna forma de empréstito forzoso, impuesto a los sectores de mayores ingresos; algo que en rigor constituiría la mejor solución, por cuanto el esfuerzo recaería sobre aquéllos que más se han beneficiado.

Dentro de este estrecho corset, son de esperar medidas que de alguna forma impliquen protección social a los sectores más vulnerables; habrá continuidad con políticas actuales, aunque no ampliación, habida cuenta de las restricciones fiscales.

Estas opciones van a estar seguramente sobre la mesa. Una vez más, el peronismo mostrará su pragmatismo. Lo “progresista”, en lo económico, se verá entonces en la vía que se adopte para la salida del atolladero actual; las discusiones posibilistas estarán de todas formas a la orden del día. En particular, será importante la medida en que un eventual gobierno peronista ensayará reeditar el posicionamiento de autonomía frente a los poderes fácticos que fue construyendo a lo largo de los doce años de su gestión. Como vimos, se trató de una postura que no fue adoptada inicialmente, sino que fue más fruto de las circunstancias.

Como nota coyuntural, el gobierno de Macri ha mostrado una inesperada capacidad de enemistarse con distintos bloques del empresariado: los productores de granos han visto la reaparición de retenciones a las exportaciones; el sector industrial ha visto derrumbarse la demanda interna; el sector concentrado de la construcción ha enfrentado escándalos de corrupción motorizados por el propio gobierno; y finalmente las finanzas han sido sorprendidas por el amague del “viernes de euforia” antes de las elecciones primarias. Este escenario es en alguna medida propicio para una nueva gestión presidencial, más allá del resultado electoral³².

Resta por ver si un gobierno de los Fernández tendrá interés en formular un proyecto alternativo al ideario neo-liberal, que muestra capacidad de volver una y otra vez, pese a haber concluido en un fracaso en al menos tres oportunidades (1981-2, 2001-2 y 2019)³³. A nivel de la construcción de sentido, este paso nos parece insoslayable; pero no hay seguridad alguna de que el futuro gobierno lo entienda así, habida cuenta de la tradición pragmática del peronismo y su escaso compromiso ideológico. Al fin de cuentas, el único programa articulado y consistente que condujo un gobierno peronista – y cuya armazón institucional ha mostrado una insospechada resiliencia – fue el ensayo neo-liberal de 1989-1999. Una evidencia de la

³² Los recientes movimientos de distanciamiento del gobierno y de acercamiento a Alberto Fernández por parte de la Unión Industrial Argentina son una evidencia clara de este reposicionamiento empresario ante el gobierno de Macri.

³³ Decimos “al menos”, porque cabría incorporar a esta tríada de fracasos el programa del gobierno de Raúl Alfonsín, que siguió una orientación en definitiva similar. Pero esto demanda una discusión adicional, dado que la accidentada década de 1980 – y su desemboque en la hiperinflación de 1989 – debe su trayectoria a la crisis producida por la deuda externa contraída en sus inicios. En este sentido, este último episodio es una suerte de continuación de la crisis de 1981-2.

complejidad de la política argentina, además de mostrar la crónica incapacidad de la derecha política de encarar un programa igualmente sólido.

En los otros órdenes, no vinculados a la coyuntura económica, habrá más espacio para desarrollos en una línea progresista, aunque aquí habrá que proceder con cautela. A título de ejemplo, consideremos un primer desafío, la cuestión de la legalización del aborto; este es un tema altamente divisivo, y por lo tanto su tratamiento no está exento de riesgo. Los crujidos de la economía podrán volcar rápidamente a la oposición a parte de las voluntades que hayan dado lugar a la victoria electoral. Si los gobernadores justicialistas serán una de las bases de sustento del gobierno Fernández, es posible que la oposición a este tema se agudice, dada la decisiva prevalencia de posiciones conservadoras.

El futuro gobierno deberá aquilatar las opciones, y en particular deberá buscar en el campo de lo social y cultural las “compensaciones” para los sinsabores que deparará lo referido a la economía y las duras decisiones que ella demandará. Si logra mantener la claridad de discurso que exhibe hoy día, esta tarea posiblemente resultará más viable.

En definitiva, el destino de un futuro gobierno peronista dependerá – como ocurre con los gobiernos en general – en la red de alianzas que logre tejer con diferentes sectores sociales, en una articulación necesariamente policlasista y multisectorial.

Conclusiones

En esta nota, hemos argumentado lo siguiente:

- a) La designación de Alberto Fernández como candidato presidencial es leída como un intento de capturar electorado centrista, poco afecto a los modos y posicionamientos del kirchnerismo,
- b) El ciclo kirchnerista puede interpretarse como una suerte de combinación entre progresismo social, cultural y en política exterior, con pragmatismo económico. Estas combinaciones son

esperables en un movimiento político particularmente adaptable o “líquido”, como es el peronismo.

- c) Los aspectos progresistas en lo cultural contrastan incluso con lo ocurrido durante el período peronista “clásico” (1946-55), donde prevalecieron valores más bien conservadores, más allá de la evidente promoción y ascenso social que tuvieron lugar. Esto fue concretado por un gobierno que se preció de mantener la iniciativa, en todo lo posible, y un posicionamiento autónomo frente a los sectores de poder.
- d) El nuevo armado con eje en el peronismo, el Frente de Todos, muestra innovaciones importantes en el posicionamiento y en el discurso, superando las restricciones de las formas más habituales en el peronismo, en cuanto a discurso y posicionamiento.
- e) Una eventual nueva gestión peronistas podrá aportar una cuota de progresismo en lo cultural; pero en lo económico la restricción externa impondrá probablemente restricciones, dando lugar a un programa que poco tendrá de alternativo a una formulación más bien ortodoxa. Este coincidirá con la inclinación hacia el centro que representa la candidatura de Alberto Fernández.
- f) Se tratará una vez más de ejercitar un delicado equilibrio. Quizá la claridad con que se abre esta nueva etapa y el visible fracaso de la gestión macrista (fracaso seguramente no endilgable a “resistencia” alguna por parte de la oposición, sino atribuible a la mera incapacidad y obcecación) sean razones para tener esperanza.

Referencias bibliográficas

Borges y Bioy Casares - <http://www.agenciapacourondo.com.ar/cultura/recuerdo-la-fieta-del-monstruo-por-borges-y-bioy> - Publicado originariamente en 1955.

Castellani, A. y Gaggero, A. – La relación entre el Estado y la élite económica – En Pucciarelli y Castellani – 2017.

- Gerchunoff P. y Kacef, O - "'Y ahora qué hacemos'-La economía política del kirchnerismo" -
Revista Desarrollo Económico - n° 223 - Enero-Abril 2018
- Grimson, A. - ¿Qué es el peronismo? - Siglo XXI Editores Argentina - 2019
- Kirchner, N. y Di Tella, T. - Después del derrumbe - Editorial Galerna - 2002
- Lipset, S. M. - El fin de la ideología - Eudeba - 1968.
- Müller, A. - "Default y canje: Estimación de la quita a la deuda externa argentina" - Revista
Realidad Económica - Nro. 279 - 2013.
- Mussa, M. - Argentina y el FMI - Del triunfo a la tragedia - WP Publications/Planeta - 2002
- Quées, E- "Estrategias persuasivas durante la campaña electoral de 1951: el caso de la Revista
Mundo Peronista" - Primer Congreso de estudios sobre el peronismo: la primera
década- Buenos Aires - 2008
- Ostiguy, P. - "Peronismo y antiperonismo. Bases socioculturales de la identidad política en la
Argentina" - Revista de Ciencias Sociales N° 6 - 1997
- Pucciarelli, A y Castellani, A. - Los años del kirchnerismo - Siglo Veintiuno Editores - 2017
- Scalabrini Ortiz - 1965: Bases para la reconstrucción nacional (recopilación de artículos)
- Schorr, M. y Wainer, A. - La economía argentina bajo el kirchnerismo: de la holgura a la
restricción externa. Una aproximación estructural - En Pucciarelli y Castellani (2017)
- Strachey John "El desafío de las Democracias" Ediciones Mar y Mar Ed. aird. 1964
- Zamorano, E. - Neopopulismo en la Argentina-El modelo político kirchnerista - Editorial
Dunken - 2014